



Fachada principal del pabellón de San José. 2004

Texto e imágenes de
Francisco Javier FAUCHA PÉREZ
Jesús FERNÁNDEZ SANZ

LA FUNDACIÓN INSTITUTO SAN JOSÉ DE CARABANCHEL ALTO

El próximo 18 de agosto llegará de nuevo Benedicto XVI a Madrid con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud. Al igual que hizo su antecesor Juan Pablo II, se reunirá con los jóvenes católicos en el aeródromo de Cuatro Vientos y dedicará algún tiempo de su apretada agenda para visitar la Fundación Instituto San José, situada en el P.A.U. de Carabanchel, junto a la M-40 y en los aledaños del aeródromo.

Fundada en 1899 por iniciativa del marqués de Vallejo con el fin de atender y acoger a enfermos de epilepsia, está regentada desde su inicio por los hermanos de San Juan de Dios. La Fundación San José es una de las instituciones sanitarias y de atención a diversas minusvalías más señeras de Madrid. Ubicada en el paraje conocido como Las Piqueñas, alberga en su recinto unos espléndidos edificios rodeados de un amplio pinar y unos bellos jardines.



Retrato de san Benito Menni. Pintado por Pedro Martínez Tavera. En Matías de Mina, Fundación Instituto San José. Cien años de historia (1899-1999), 2000

INICIO DE LAS OBRAS EN CARABANCHEL ALTO

En 1895 Benito Menni, como provincial de la Orden, y el marqués de Vallejo consolidan y materializan su relación, culminándose el 4 de agosto de ese mismo año cuando se produce el acto de bendición y colocación de la primera piedra de la aasa-máscara para enfermos epilepticos. Previamente las negociaciones entre ambos promotores habían fructificado en el compromiso para llevar a cabo la obra, siendo el Dr. Julián Calleja responsable de llevar todo el peso de las gestiones en nombre del marqués.

Ambos personajes son los más decisivos en el devenir histórico de la Fundación, siendo cada uno de ellos muy influyentes en su ámbito y en su época; como dato significativo conviene recordar que en 1999 al cumplirse el Centenario de la Institución que nos ocupa, Benito Menni fue canonizado.

La Orden de San Juan de Dios fue fundada el año 1547 en Granada por Joao Cidade (futuro san Juan de Dios). El portugués, impulsado por el fervor místico que le produjo una predicación de san Juan de Ávila, junto con su experiencia en el Hospital Real de Granada, comienza a fundar los primeros hospitalares de una orden que hasta el siglo XIX se seguirá expandiendo de manera constante por todos los continentes. Pero las décadas anteriores a la fundación del Asilo de San José no habían sido precisamente fructíferas para la Orden. Aunque los decretos de desamortización de 1836, aprobados por el Gobierno de Mendizábal, excluían a las órdenes que se dedicaban a los cuidados de los enfermos, lo cierto es que en España los hermanos de San Juan de Dios ven mermadas sus actividades hasta que hacia 1850 la Orden puede considerarse extinguida. Como consecuencia de ello, en 1867 el padre Benito Menni (1841-1914) es enviado desde Italia para restaurar la Orden en el país que la vio nacer, realizando las primeras fundaciones en Barcelona. Diez años después el italiano funda en Ciempozuelos un hospital psiquiátrico para varones y desde este pueblo madrileño los hermanos de San Juan de Dios comien-

Las obras comienzan en el antiguo término de Carabanchel Alto, en un terreno de 142 hectáreas formado por un conjunto de parcelas utilizadas como pequeñas explotaciones agrarias y ganaderas situadas muy cerca de Leganés y del arroyo Butarque. Una de estas parcelas, que posteriormente quedó fuera del recinto sanitario, era un hermoso chalet que había pertenecido a la duquesa de Santoña y que por sus condiciones de habitabilidad se convirtió, desde el primer momento, en la residencia inicial de los hermanos hospitalarios. Pronto toda la extensión del futuro asilo empezó a ser conocido con el nombre de Las Piqueñas, nombre del paraje carabanchelero.

MARQUÉS DE VALLEJO, FORJADORES DEL ASILO DE SAN JOSÉ

zarán a organizar sus estructuras en España. Como consecuencia de ello se celebra el primer capítulo provincial donde Benito Menni es elegido para dirigir la restaurada provincia de España y Portugal.

Don Diego Fernández Vallejo (1824-1901) es el típico ejemplo de burgués ennoblecido por una monarquía isabelina que en 1864 le concederá el título de marqués. Este proceso de ennoblecimiento por medio de la riqueza es muy característico de la realidad española del momento, ya que mientras en otros lugares de Europa es la nobleza la que se aburguesa, en España el proceso es el contrario. Comprometido con la Restauración de 1876, el marqués de Vallejo es amigo de Cánovas y llega a desempeñar diversos cargos políticos. Don Diego Fernández se casó con Sofía Flaquer y Ceriola, apellidos también repletos de connotaciones del poder económico del siglo. Fallecida ésta, se casó en segundas nupcias con Nicolasa Gallo y Sibes, que al parecer fue la que influyó de forma determinante para que dedicase parte de sus riquezas a la creación de fundaciones de beneficencia y al apoyo a instituciones religiosas, tales como el Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil de Valdemoro y el convento e iglesia de las carmelitas descalzas de la calle Ponzano en Madrid. Pero sería la muerte en 1878 de su hijo de 24 años José Manuel como consecuencia de la epilepsia, el hecho decisivo que le hace entrar en contacto con el padre Menni para la fundación del primer hospital para epilépticos de España.

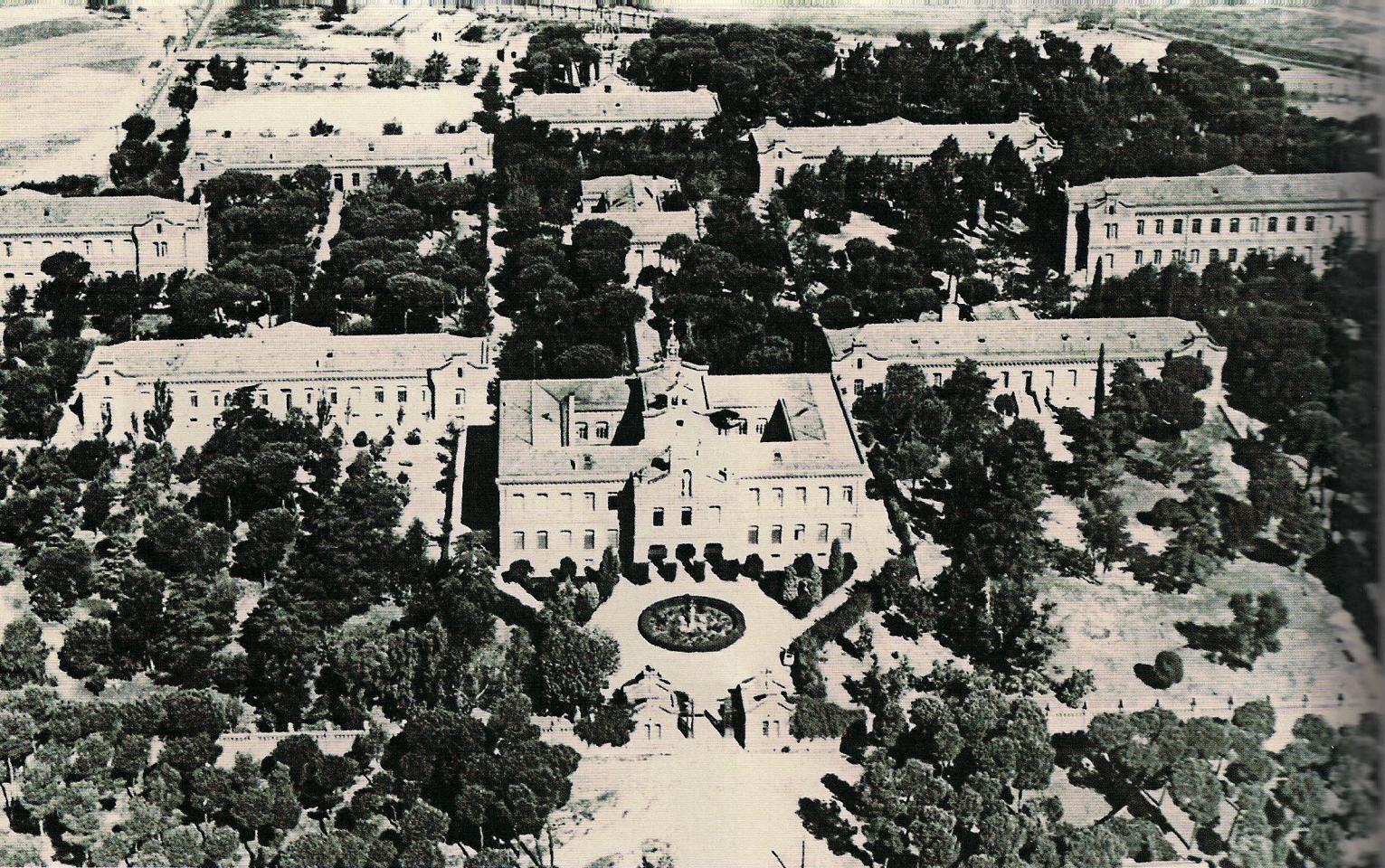


Retrato de D. Diego Fernández, marqués de Vallejo. Pintado por Núñez Peñasco. Hacia 1898. En Matías de Mina. Fundación Instituto San José. Cien años de historia (1899-1999), 2000

El trabajo al que se dedicaron los hermanos y las personas que rodeaban al marqués de Vallejo, con el doctor Calleja a la cabeza, fue arduo: elección de arquitectos, trámites jurídicos, financiación (el marqués había aportado cinco millones de pesetas), a lo que había que añadir la elección de las propias características del establecimiento, pues si bien el padre Menni pretendía que estuviera abierto también a las mujeres y el marqués apostaba por un centro exclusivamente masculino.

La elección del arquitecto recayó finalmente sobre el prestigioso Federico Aparici, que ya había

trabajado en la capilla del asilo de Ciempozuelos y que también fue responsable del proyecto del neogótico y emblemático santuario de Covadonga. Su ayudante sería Enrique Fort, autor del colegio de Areneros de los jesuitas (actual Universidad Pontificia Comillas ICAI-ICADE) en el antiguo paseo de los Areneros (hoy calle Alberto Aguilera) de Madrid. Ambos arquitectos se encuadran en esa corriente arquitectónica que tanto proliferó en Madrid desde mediados del siglo XIX caracterizada por tener en el ladrillo su principal elemento constructivo y decorativo y con el neomudéjar y el neogótico como principales manifestaciones.



INAUGURACIÓN, ORGANIZACIÓN Y PRIMEROS PASOS DEL ASILO SAN JOSÉ: 1899-1910

El 20 de junio de 1899 se inaugura solemnemente la casa con la bendición del padre Menni. Al día siguiente ingresa el primer enfermo epiléptico, un joven de 16 años de edad llamado Enrique Vázquez Alonso. Sin embargo, las circunstancias militares del desastre de la guerra de Cuba habían llevado al marqués de Vallejo a ofrecer al Ministerio de la Guerra las instalaciones de Las Piqueñas para acoger a los soldados heridos que retornaban en unas deplorables condiciones sanitarias. El Diario Oficial del Ministerio de la Guerra de 9 de septiembre de 1898, recoge los requisitos de admisión de estos primeros enfermos, que alcanzaron la cifra de 375 internos. Resulta curioso comprobar cómo en los primeros meses de funcionamiento los epilépticos fueron la minoría de los pacientes ingresados.

Los arquitectos Aparici y Fort habían diseñado un armonioso conjunto sanitario de ocho pabellones rodeados por espléndidos jardines y cercado por una sólida tapia, todo ello al estilo de las instituciones sanitarias más vanguardistas del momento como la del coetáneo y próximo Hospital Militar de Carabanchel. Cada pabellón recibe el nombre de un santo o una advocación mariana llamándose el pabellón principal de San José, como homenaje al prematuramente fallecido José Manuel Fernández, hijo del marqués. Durante los años siguien-

tes la actividad de este centro que había nacido como Fundación es muy intensa: se dota de un reglamento, se organiza el ingreso de enfermos, se acondicionan espacios y edificios y se contratan profesionales sanitarios. De esta época data la incorporación del doctor Rafael Cutanda, una de las figuras más notables de la institución a lo largo de muchos años. En 1906 se inició la plantación de los pinos que siguen dando un característico paisaje al conjunto del recinto que todavía hoy puede disfrutarse.

Junto con la organización sanitaria se efectúa también la religiosa, de forma que ya en 1899 los hermanos de San Juan de Dios trasladan su noviciado y su archivo desde Ciempozuelos a Carabanchel Alto, celebrando aquí en 1903 el capítulo provincial que pone a fray Andrés Ayúcar al frente de la provincia. Simultáneamente, la Fundación atraviesa años difíciles por cuestiones económicas, puesto que las previsiones financieras no se cumplen. Estas carencias económicas habían comenzado ya en 1901, coincidiendo con la muerte del marqués de Vallejo el 31 de diciembre de ese año. Estas incertidumbres sobre su futuro provocan unas duras medidas de austeridad y de autoabastecimiento que unidas a la solución de ciertos problemas contables, especialmente relacionados con las rentas del capital fundacional, hacen que al acabar esta primera década de vida el asilo esté en marcha.

Página anterior

ista aérea de la Fundación Instituto San José toma-
da desde el noreste. Hacia 1970. En Matías de Mina.
Fundación Instituto San José. Cien años de historia
1899-1999, 2000

Pasillo del Asilo San José con algunos de los repa-
triados de la guerra de Cuba. Hacia 1899. Archivo
Fotográfico de la Comunidad de Madrid (Fotografía
aportada por Publio López Mondéjar)



CONSOLIDACIÓN DE LA FUNDACIÓN SAN JOSÉ Y PRELUDIO DE LA GUERRA CIVIL: 1910-1936

Los problemas económicos que durante los primeros diez años estuvieron siempre presentes como amenazantes nubarrones tuvieron que seguir siendo abordados en este periodo con las mismas recetas de austeridad y autoabastecimiento. Resulta lógico comprobar cómo la entidad adopta diversas medidas, tales como roturar terrenos susceptibles de ser cultivados, comprar ovejas, construir un depósito de agua, remodelar edificios, renovar mobiliario, etc.

Los ingresos de enfermos siguen llegando de forma regular: hasta 1910 habían ingresado 362 enfermos y en 1920 la cifra ya asciende a 662. La atención que demandan exige un estricto orden y continuas iniciativas que junto a su carácter terapéutico sirvan para ayudar al mantenimiento del centro. Esto es lo que ocurre con la laborterapia, que crea talleres que solventan algunas de las necesidades cotidianas de zapatería o menaje. Con variado éxito se inician otras actividades que ayudan a facilitar la vida de los internos del establecimiento como deporte, teatro o música.

En 1913 y 1914 se produce la desaparición de los dos pioneros del centro que quedaban tras la muerte del marqués de Vallejo: en 1913 fallece el doctor Calleja, hombre de confianza del marqués y que ocupaba la jefatura sanitaria de la casa desde su fundación, mientras que en 1914 muere el padre Benito Menni. Al frente de los servicios médicos queda ahora el doctor Robina y a su lado el entonces joven doctor Cutanda continúa progresando en

su dedicación a los enfermos y en su preparación científica, lo que le llevaría a estudiar durante dos años en el laboratorio del eminentísimo Ramón y Cajal.

La llegada de la República en 1931 coincide con un momento de plena actividad en la Fundación, registrándose en este año el número máximo de enfermos ingresados, unos 150. En 1932 son acogidos cuatro ancianos jesuitas que habían sido afectados por el decreto de disolución de la Compañía de Jesús en España. En ese mismo año los escolares de Ciempozuelos se instalan en Carabanchel. En el año 1934 se produce la llegada del importante legado documental de la Orden, formado por el Museo y el Archivo de la Orden en España, procedente de la Casa de Granada. Así mismo el noviciado que estaba en Carabanchel se traslada a Palencia.

Los testimonios de los hermanos señalan que durante estos años, las relaciones con las autoridades municipales de Carabanchel Alto y con los vecinos del pueblo fueron cordiales, destacando especialmente las mantenidas con el alcalde Sr. Morales, que además era uno de los propietarios de las tierras del entorno de Las Piqueñas. A partir de 1934, la oleada violenta que se desarrolla en España y los graves conflictos sociales y políticos afectan notablemente a este centro. La situación geográfica de Las Piqueñas, en una zona eminentemente militar con el colindante aeródromo de Cuatro Vientos y la presencia de un proletariado revolucionario en ambos Carabancheles, va a convertir al asilo en trágico protagonista de los sucesos revolucionarios y bélicos de 1936.



LA GUERRA CIVIL: 1936-1939

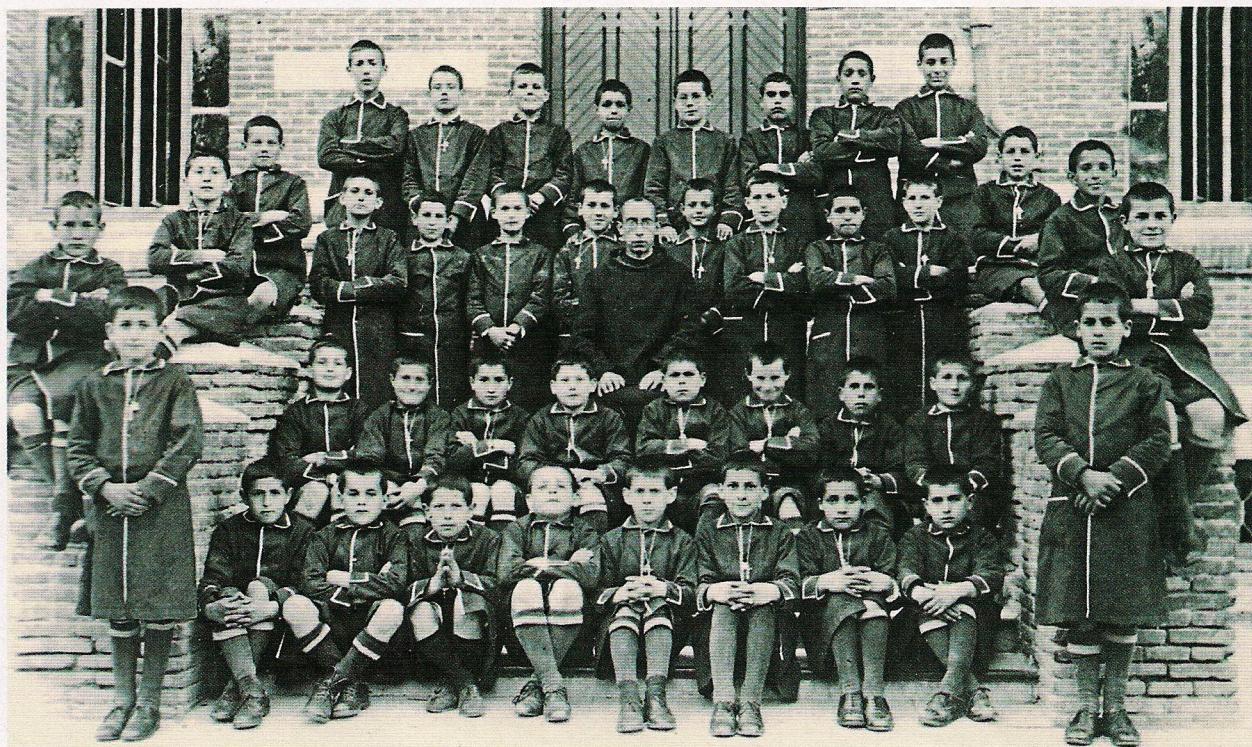
Las primeras noticias de la sublevación del 18 de julio se recogen en Las Piqueñas con extrema premura e inquietud. El vecino aeródromo y la fábrica de aeroplanos Loring son objetivos bélicos desde los primeros días. Las visitas de milicianos y autoridades municipales se suceden produciéndose algunos registros en búsqueda de armas que los insurgentes hubieran podido esconder en el recinto. El 29 de agosto el Ayuntamiento de Carabanchel Alto se incauta de las instalaciones prohibiendo las manifestaciones de culto religioso. El 1 de septiembre un convoy de vehículos comandados por la Guardia de Asalto sale de Las Piqueñas con doce hermanos de San Juan de Dios de la comunidad carabanchelera. El destino aparente es la Dirección General de Seguridad de la madrileña Puerta del Sol pero lo cierto es que los hermanos son fusilados en un lugar llamado el Charco Cabrera en el término municipal de Boadilla del Monte. La desolación cunde en el asilo cuando al día siguiente se tiene noticia de los hechos.

En medio de una situación bélica de máxima confusión el doctor Cutanda queda como administrador del centro y con su extremo celo consigue capear el temporal de la forma más llevadera. Pocas semanas después, el 6 de noviembre es otro día luctuoso en la historia de Las Piqueñas; las tropas republicanas son fácilmente derrotadas en el recinto del centro y en sus inmediaciones. Un grupo de enfermos que se

Hermanos y enfermos en los jardines del Asilo de San José, 1929. En Matías de Mina. Fundación Instituto San José. Cien años de historia (1899-1999), 2000

encontraban refugiados en los sótanos de los edificios también son víctimas de las balas.

El 25 de noviembre de 1936, una vez establecido el dominio de la zona por las tropas franquistas, llegan nuevos hermanos a sustituir a los asesinados, entre los que se encuentra el nuevo superior de la casa, fray Justiniano Valencia. El Servicio Psiquiátrico Militar se establece en Las Piqueñas al mando del comandante José del Amo Sloker. Previamente este Servicio había estado en Ciempozuelos desde 1934 y por un breve periodo durante la guerra en el cercano Sanatorio del Dr. Esquerdo, también en Carabanchel. Precisamente los enfermos civiles de este sanatorio fueron también trasladados a Las Piqueñas ante la cercanía del frente, y es que las excelentes instalaciones y su estratégica situación fueron siempre aprovechadas por las tropas franquistas. Hasta el final de la guerra el complejo tiene diversas funciones: refugio de vecinos de la zona, el ya mencionado Servicio Psiquiátrico, atención a los enfermos epilépticos e incluso en su entorno –el Chalet- se emplazan unas baterías que bombardean diariamente el frente capitalino. El recinto también sufrió bombardeos pero sus instalaciones no fueron nunca gravemente dañadas.



El beato Cristino Roca rodeado de escolares. Hacia 1933. En Matías de Mina, Fundación Instituto San José. Cien años de Historia (1899-1999), 2000

DESDE LA POSGUERRA HASTA NUESTROS DÍAS

El proceso de reorganización se había iniciado desde el mismo noviembre de 1936 con la llegada de los nuevos hermanos, pero las circunstancias bélicas ya expresadas no permitían más que un mantenimiento claramente enfocado a las necesidades de la guerra. Ahora se inicia un nuevo tiempo que variará sustancialmente el concepto de servicio social que había primado hasta la fecha. Empiezan a normalizarse los pagos provenientes del capital fundacional y la llegada de varias subvenciones y acuerdos con otros organismos (Auxilio social y Diputación...) facilitarán la función sanitaria de Las Piqueñas.

En 1939 el bando vencedor de la Guerra Civil inicia el proceso de depuración de responsabilidades derivadas de la oposición a la sublevación del 18 de julio. En Carabanchel Alto el 20 de diciembre del citado año comienza este proceso que es común a toda España y que convierte a miles de españoles en presos mientras otros tantos son

fusilados. Este magno proceso, tan exento de un mínimo de garantías judiciales, es lo que la historiografía denomina Causa General. El 28 de mayo de 1942 el fiscal de la mencionada causa recoge declaraciones sobre los sucesos acaecidos en el Asilo de San José el 1 de septiembre de 1936, y en junio del mismo año en medio de solemnes actos comienza el proceso de beatificación de los hermanos asesinados en Boadilla del Monte; se inicia con la exhumación de los restos y el traslado de los mismos a la cripta de la capilla de Las Piqueñas, ocasión para que las autoridades eclesiásticas acudan al Establecimiento y se organicen actos litúrgicos y sociales de gran pompa. Los años cuarenta también van a ser testigos de un hecho que va a aportar un aire de normalidad y de alegría en la vida de la casa: los escolares que tan precipitadamente hubieron de abandonar Carabanchel en 1936 retornan.

La década de los años cincuenta se inicia también con otro acto de celebración, en este caso es el IV Centenario de la muerte de san Juan de Dios. En el ámbito hospitalario empiezan a aflorar claros síntomas de modernización: rayos X, altavoces, nuevo mobiliario, etc. En 1951 son 150 los enfermos acogidos. La autosuficiencia en los servicios y mantenimiento empieza a decaer y ya no es necesario que el abastecimiento dependa casi en exclusiva de las huertas o el ganado de la finca.



Esta misma década va a ser también testigo de algunos hechos de gran trascendencia íntima del Instituto: en 1951 de nuevo los escolares abandonan el centro, en 1956 el Dr. Cutanda fallece y en 1958 el Archivo y Museo vuelven a Granada tras haber sido custodiados en años difíciles gracias al celo del desaparecido doctor.

Los años sesenta son sin duda de una modernización del Centro acorde con el proceso de *aggiornamento* producto del Concilio Vaticano II. La profesionalización del personal sanitario se intensifica y los medios técnicos se incrementan, lo que hace posible que las actividades que se desarrollan en Las Piqueñas se diversifiquen. Las hermanas benedictinas misioneras se instalan en el establecimiento y cubren algunos servicios adicionales. Así, surge un Instituto Pedagógico que atiende a niños y adolescentes con problemas de integración social mientras la atención a los enfermos epilépticos se optimiza. Los nuevos aires que surcan en la atención psiquiátrica van a permitir que las plazas dedicadas a estos enfermos se reduzcan permitiendo que en los años posteriores el centro insista en la mencionada diversificación. Desde 1985 se van a ir sucediendo en la institución una serie de celebraciones que culminarán en las del Centenario.

Asistentes a la exhumación de los restos de los mártires de Boadilla. Entre estos se encuentran monseñor Eijo Garay y el Dr. Cutanda. En Matías de Mina, Fundación Instituto San José. Cien años de historia (1899-1999), 2000

En 1985 la reina Sofía visita el centro, en 1992 finaliza la beatificación de los mártires de Boadilla y en 1993 se abre al público la cripta.

Hoy la Fundación San José se ha convertido en un centro modelo en el que el patronazgo del Arzobispado de Madrid continúa potenciando su presencia sanitaria y religiosa en nuestra Comunidad. Si el marqués de Vallejo y el padre Menni pudieran ver en lo que se ha convertido el establecimiento que fundaron con tanto esfuerzo se encontrarían con un recinto moderno en el que ya no solo los pacientes epilépticos encuentran atención y cuidados. Otras áreas funcionales como las de geriatría, cuidados paliativos y rehabilitación, se han unido a su cometido original. Los conciertos con la Seguridad Social y otros organismos organizan a la Fundación San José un papel privilegiado en la actual sanidad madrileña.